

Normalidad, Peculiaridad y Discapacidad

Josep-Vicent Marqués

Profesor titular del Dpto. de Sociología y Antropología Social
Universidad de Valencia

La condición de las personas jóvenes con discapacidades físicas se ve injustamente agravada por la mitificación actual de la juventud como plenitud física, así como por un culto al cuerpo que va más allá de lo higiénico, armónico o saludable para caer en cánones rígidos que obligan a un consumismo sumiso. A su vez, el discurso social coarta los desplazamientos y habilidades del sujeto al enfrentarlo con patrones rígidos de "normalidad" acompañados de un lenguaje poco alentador en el que se pone énfasis en lo que la persona discapacitada no puede hacer en lugar de en aquello que puede hacer, o se margina a la persona afectada con términos paternalistas o descalificadores. Por debajo de todo ello nos encontramos con una resistencia social a entender el pluralismo de los sujetos, la biodiversidad humana, las formas diferentes de hacer las cosas, etc. El calificativo de normal se aplica solo a quien resulta cómodo de entender, manejar o insertar en un proceso productivo o de relación social, devolviendo a las personas cuyas peculiaridades no responden a esa demanda social una imagen de sí mismo como seres incompletos, erróneos o moralmente reprobables. Solo el conocimiento de nuestras propias imperfecciones y peculiaridades puede producir el clima de una real inserción y calidad de vida para las personas con discapacidades.

A. El discurso social sobre normalidad y peculiaridad

1 ¿Está para todos claro que los niños son personas, esto es, sujetos plenos, en formación, pero acreedores a un trato claro, justo, quizás no siempre negociable pero al menos bien explicado? En cualquier caso, no parece que a los niños se les escuche. Se les adula con estereotipados cumplidos sobre su supuesta belleza u hombría, según el sexo, se les compra con todo el repertorio de sobornos que la sociedad de consumo ofrece y se les amenaza, cuando menos con el corte del suministro de golosinas, pegatinas, juguetes, etc. al que los hemos acostumbrado por cuenta del capital. Pero más difícilmente se les escucha, se les interpreta favorablemente, se les pregunta sin modos policiales, se les tiene en cuenta. Estamos todavía lejos de reconocer que los niños son personas aunque en general procuramos que no tengan que trabajar, que estén alimentados y que tengan estudios.

El reconocimiento de que todo ser humano es persona y merece un trato correcto está aun lejos de haberse conseguido. Cuando hace más de doscientos años se iniciaron las declaraciones de los derechos del hombre se trataba de eso, de los derechos del varón, adulto, de raza blanca, aparentemente cuerdo, convencionalmente sano y "capacitado", heterosexual... Y expresa o tácitamente se estaba pensando en un connacional o compatriota y además burgués, persona conocida, no obrero, criado...

Dentro de esta lenta marcha hacia la interiorización de la igualdad de derechos efectivos y trato a todas las personas, el reconocimiento de los derechos de las personas con algún tipo de discapacidad es un frente no sólo importante sino muy particular porque al revés, arrastramos tantos años de trato represivo e incomprensivo disfrazado de protección que se hace necesario repensarlo todo, incluso el vocabulario.

2. En ese terreno de repensar incluso las actitudes favorables sugiero una línea: la lucha por los

derechos de una minoría remite a aspectos no necesariamente minoritarios del conjunto de la población. Y así, si la lucha obrera en su momento supuso la reivindicación de todo trabajo como esfuerzo humano, o la lucha feminista tiene aspectos de lucha por la diferencia, por la expresión de nuestra personalidad sin estereotipos de género, la lucha por la plena inserción social de las personas con discapacidades nos plantea nuestro derecho a no ser física, psíquica o intelectualmente perfectos y a no ser exigidos según criterios, por otra parte discutibles, de correcto y pleno funcionamiento.

3. Se hace necesario igualmente cuestionar la idea misma de normalidad y sus contenidos, falsamente tenidos por inmutables.

Así, lo normal es simplemente lo habitual, lo empíricamente constatable como más frecuente. Se da un salto lógico-político inadmisibile cuando se da a entender que ello es, además lo bueno o deseable.

Pero en otro terreno, constatemos que la obsesión por cierto tipo de lecturas complacientes de la sociedad lleva a considerar normal algo que no es siquiera lo más frecuente. Tal es el caso de la idea que se tiene de normalidad sexual: un concepto de sexualidad según el cual todo el mundo sería perverso, depravado, hipersexualizado o deficiente en alguna ocasión al menos.

4. Muy a menudo, se entiende por normal, bajo la apariencia de bueno o de frecuente, lo que es funcional para el sistema, el comportamiento más útil a la clase o colectivos dominantes. O el que ésta finge tener para poder reprobar éticamente a los sujetos críticos o sumisos.

5. En última instancia, la calificación de algo o de alguien como no normal, como inferior a lo normal o como excéntrico funciona como excusa para ahorrarse el dinero de pagarle lo justo, atender a sus requerimientos o compensar eficazmente sus hipotéticas carencias. Detrás de la pregunta farisea que no muere, aquella de "Maestro ¿quién pecó, éste o sus padres?" hay una búsqueda de justificación para la imprevisión social o por la tacañería en la asistencia social.

6. Sugiero considerar el lado inocente, algo bobo, del discurso apologético de la normalidad. La defensa de la normalidad es, en el mejor de los casos, un canto a la resistencia del aprendizaje, a la pereza en comunicarse y tratar a quien no es como nosotros, a la rutina, al estancamiento de la formas de ser, pensar y actuar. En el mejor de los casos, insistir en la anormalidad o invalidez del sordo es una excusa para no enterarse de las grandes posibilidades expresivas del lenguaje de los signos y en cualquier caso no aprenderlo.

7. La normalidad se pretende espontánea, natural. Lo normal es lo que las cosas son y lo demás serían pretenciosas adiciones, novedades peligrosas o incluso manifiestas tendencias contra natura. Esta falacia oculta la perogrullada de que todo lo establecido socioculturalmente como normal es percibido como natural, independientemente de su contenido.

8. La sociedad actual parece mantener una visión opuesta a la biodiversidad, al pluralismo con que en todo se muestra la especie, tan insostenible científicamente como peligrosa desde el punto de vista de los derechos humanos. Es preciso entender que lo "normal" en el sentido de lo realmente frecuente es la dispersión de formas, caracteres, maneras y en suma peculiaridades. Todos somos peculiares. Y esta peculiaridad debe ser entendida como normal antes de pasar a atender aquellas peculiaridades que suponen, dada una determinada configuración de la sociedad, un handicap.

9. Apuntemos que, en cualquier caso, el discurso socialmente imperante sigue pretendiendo establecer divisorias tajantes entre lo que se consideraría normal o mayoritario y lo minoritario, en particular si lo minoritario le molesta, no quiere asumirlo o pretende por interés o comodidad satanizarlo. En realidad, aunque existan enfermedades y carencias muy netamente discernibles de las "imperfecciones", la línea de separación no es tan tajante como se desearía desde las instancias sociales decisorias o desde el discurso consolador del "normal". Cuando se ignora la torpeza, patosidad, miopía o despiste de

los considerados normales se está queriendo "apartar" para facilitar el disparo, para justificar la exclusión o la condena de la persona peculiar.

B. Condicionamiento social de la peculiaridad y producción social del handicap

1 Que una peculiaridad sea valorada positivamente o que lo sea negativamente es un hecho social y no inherente a la peculiaridad misma. La diferente valoración estético social de la gordura se debe al imaginario social y no a la adiposidad o a la idiosincrasia de la persona "gorda". Una serie de peculiaridades tenidas como handicaps no serían dificultad alguna en otra sociedad.

2. Pero incluso aquellas peculiaridades que suponen merma de facultades, dificultad de utilización de los sentidos o incluso dolor que sería cruel optimismo negar, no son problema al margen de la organización social. Parte de este carácter social de la producción de handicaps ha empezado a verse a partir de la lucha contra las barreras urbanas. No se trata solamente de que deban eliminar tales barreras, sino que hay que ser consciente de hasta que punto hacer una ciudad para quienes no tienen especial problema en mover sus piernas y pueden desplazarse solos supone, aunque inconsciente una clara opción que reduce las posibilidades locomotoras, pero también de niños, ancianos, mujeres embarazadas, personas con carritos de la compra o de bebés para los que la ciudad es un medio expresamente handicapante o excluyente. El campo puede ser incómodo pero no es discriminante por obra humana. Al hacer una ciudad para el coche e incluso para los usos menos prácticos e insolidarios del coche, se construye la discapacidad de los no tenidos en cuenta. Es un lamentable cinismo social ver como fenómenos separados el medio urbano y los problemas de las personas que han sido sacrificadas por ese medio.

Otros aspectos no son tan evidentes: las

dificultades de una persona ciega no son independientes de los procesos que han hecho que las personas ciegas no puedan sacar más partido de sus habilidades. La condición de la ceguera no es independiente de un mundo donde el olfato apenas puede ejercitarse y proporcionar información bajo el desatado olor de los derivados del petróleo, por ejemplo.

3. Puede reafirmarse, si es el caso, un colectivo asegurando que la opción de hacer una ciudad de tal manera o de organizar la producción de tal otra era la mejor posible, pero no puede considerar a los excluidos por tal opción, a la naturaleza o a la desgracia como responsables de dicha exclusión.

4. El uso del lenguaje discriminatorio es otro aspecto de la construcción social de la minusvalía. Supone el instrumento básico de deslinde de lo que no es fácilmente deslindable. A menudo aporta un estigma o una profecía que se cumple a sí misma.... Poco se puede esperar de quien es calificado como inválido o golpeado con expresiones como "lisiado", "desgracia", etc... (Y sin embargo, se empeñan en sobrevivir con éxito).

5. Este último punto abre un campo de reflexión: el de la responsabilidad de todos, pero en particular de los informadores sobre cómo informan acerca de las personas con peculiaridades tenidas como negativas o handicaps. En tal sentido, recordemos que sería bueno, si no de justicia, hablar de las muchas capacidades de quien es definido como discapacitado simplemente porque hay algún tipo de actividad en el que no cumple los estándares, estándares tenidos por normas de excelencia incluso moral.

Igualmente sería necesario acabar de una vez por todas con la utilización de la peculiaridad como "nota colorista", como aderezo de novela negra o ternurismo barato. La mención de las discapacidades y otras peculiaridades sólo en contextos de crimen, escándalo o desgracia el escamoteo "porque no es noticia" de los esfuerzos de liberación y superación colectiva es otra de las formas como una sociedad injusta "construye" la discapacidad.

C. Mitificación de la juventud y manipulación de la imagen del propio cuerpo

1 En nuestra sociedad es obligatorio ser joven, físicamente atractivo y seudoestéticamente saludable o seudosaludablemente estético. La sociedad a través de sus instancias políticas o publicitarias se define con los mismos estereotipos supuestamente positivos con que se define la juventud: hay que ser joven, en desarrollo, dinámico, inquieto, bullicioso, recién hecho, deportivo, impetuoso, osado, explorador, temerario... Esta operación es doble:

– por un lado se extrae de la vivencia juvenil sólo ciertos aspectos, construyendo un estereotipo de la juventud como un afán desprovisto de la inseguridad, duda, fanfarronería, miedo de los jóvenes, o de su aspecto y momento reflexivos, estudiosos, oscuramente esforzados. Todo el dolor de los jóvenes les es hurtado.

– por otro, se envidia esa misma juventud pintada con colorines y se presenta la sociedad como igualmente dinámica y arrolladora. A partir de ahí se vende a los maduros y ancianos la apariencia de juventud, se excluye a quien no entra en el proceso de infantilización general. Y a todos se les vende esa apariencia de que nuestra gerontocracia es realmente gestionada por los jóvenes.

Planteadas así las cosas se les deja poco espacio vital a quienes deben perseguir la primavera en silla de ruedas, por decirlo de algún modo. Al problema concreto de lo que puede hacer y lo que no puede hacer un persona con minusvalías se añade la idea negativa de que no representa ni siquiera lo que es: un joven, porque los jóvenes están -al parecer- lanzados a un frenético baile de San Vito.

2. Junto a la mitificación y mixtificación de la juventud encontramos una muy especial manipulación de la imagen corporal. El cuerpo ha de ser delgado, con formas musculares o de pecho

y cadera muy específicas, con una belleza casi cuantificables donde ni siquiera se atiende a la proporción y a lo que la persona hace con su cara y con su cuerpo. El agravamiento de la situación de la persona con discapacidades físicas se hace patente, en la medida en que éstas son leídas o se propone leerlas como una doble traición o un doble fallo a las leyes imperantes de la perfección: una ofensa a la idea de juventud y un desinterés por los productos con los que se extorsiona a chicos y chicas proponiéndoles la escualidez o la ruda musculosidad como arquetipos de belleza. Siempre la minusvalía había sido incómoda, ahora parece como si además fuese deshonesto y subversivo.

La misma manipulación de la idea de salud "fitness", belleza, al servicio de cánones discutibles y, más tangiblemente, de la demanda de productos destinados a cubrir el déficit de permanente "imperfección" está creando patologías nuevas, de gran peso en la juventud. Anorexia, bulimia, pero también el alcoholismo en cuanto el joven debe ser al parecer un jueguista permanente, un tipo marchoso por narices o un bailarín infatigable aunque sea a costa de consumir drogas de síntesis serían puntos en los que los jóvenes son impulsados a convertirse en estigmatizados: bien por quedarse enganchados al combustible mágico, bien por tener accidentes mortales interpretando el papel de la marchosidad o el nomadismo jaranero. La solidaridad con los jóvenes con minusvalías o discapacidades es solo un paso en la comprensión del derecho de todos a la identidad, a una aceptación de sí mismos/as tanto si se es como todos como si se es distinto/a sin brillantez aparente. El derecho a la peculiaridad, a la diferencia, a la excentricidad, a la lentitud, a no estar de/ni seguir la moda... Y una invitación al cuestionamiento de nuestra satisfecha normalidad, fuente de tantas complicidades involuntarias con la opresión o el maltrato psicológico a las personas con peculiaridades aciagas, amargas.